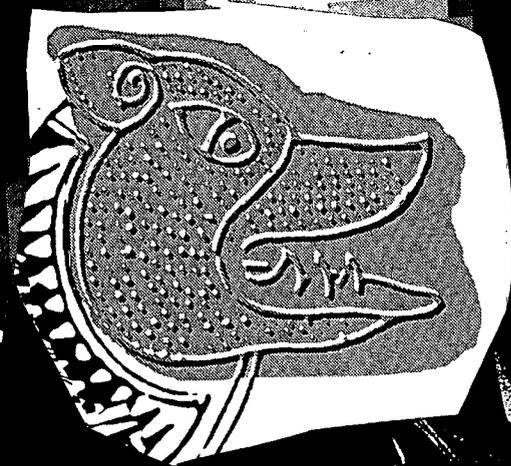




*La verdadera tragedia surge cuando la idea de justicia parece conducir a la destrucción de los más altos valores.*

*Max Scheler*



# Intelectuales

## y el periodismo de Gramsci

■ Massimo Desiato

## Resumen

*A partir del pensamiento del norteamericano Richard Rorty, el autor realiza una reflexión acerca del rol del intelectual y de su propia experiencia como estudioso. “Se trata de la tensión corrosiva entre el compromiso público y los intereses privados del intelectual (...) O, si se prefiere, entre la lucha por combatir la injusticia social y el cultivo de placeres privados difícilmente comunicables por ser demasiado refinados”. Tratar de reconciliar el compromiso político con lo intereses privados, es imposible. Sólo queda que el intelectual aprenda a “ensuciarse las manos”, saber renunciar ora a la autocomprensión, ora al compromiso político. En Venezuela se necesita una participación más activa de los intelectuales, la que debe salvar, sin embargo, los canales de participación que pueden estar bloqueados. En este sentido, el autor, a través de los postulados de Gramsci, analiza el papel del periodismo -llevándolo al contexto venezolano- del comunicador social que deber ser un intelectual con características muy especiales, concluyendo que la organización de los medios de comunicación y de los actos comunicativos debnen asegurar al intelectual la posibilidad de comprometerse con lo público y cumplir su función social.*

## Abstract

*Based on the thoughts of the americano Richard Rorty, the author makes a analysis about of the role of the intellectual and its own experience as researcher. “It is about of the corrosive tension between the public commitment and the private interest of the intellectual (...) Or, between the fight against the social injustice and the growth of private pleasures barely being communicated because they are too refined. Only remains that the intellectual learns to resign either to the self-understanding or to the political commitment. In Venezuela, it is needed a more active participation of the intellectuals, which must save, nevertheless, participation channels that can be blocked. In this sense, the author, trough Gramsci’s postulates, analyzes the role of the journalism, inside Venezuela context, of the social communicator who have to be an intellectual with special characteristics, and concludes that the organization of the communication media and the communication events have to ensure to the intellectual the possibility of doing a commit with the public to make a social function.*

**E**n algunos de los escritos que se ocupan de política el pensador norteamericano Richard Rorty ofrece lo que parece ser un espejo para uno de los dilemas más clásicos de los intelectuales, dilema que en la actual coyuntura de nuestro país se ha vuelto particularmente urgente. Se trata de la tensión corrosiva entre el compromiso público y los intereses privados del intelectual, sobre el fondo del desmoronamiento de la dicotomía entre «izquierda» y «derecha». O, si se prefiere, entre la lucha por combatir la injusticia social y el cultivo de placeres privados difícilmente comunicables por ser demasiado refinados.

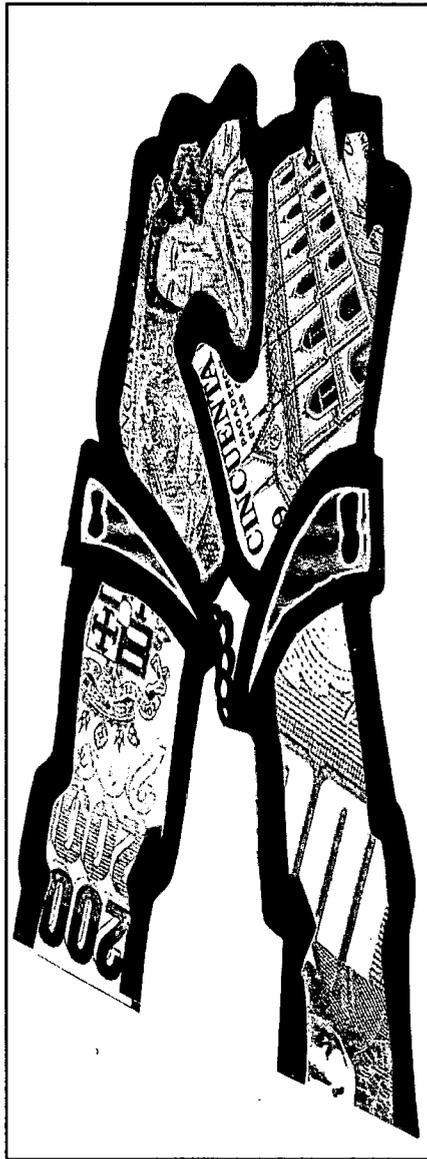
En un artículo, recolectado en Pragmatismo y política, cuyo título es Trotsky y las orquídeas silvestres, Rorty relata su vida intelectual desde los doce años hasta la actualidad, mostrando un desgarramiento interior entre su primera creencia de que la gente decente era «si no trotskista, al menos socialista» y su pasión por coleccionar las orquídeas silvestres que crecían en las montañas del noroeste de Nueva Jersey. El desgarramiento nacía de la toma de consciencia de que «había algo un poco dudoso en ese esoterismo, en ese interés por flores socialmente inútiles», en un mundo que él consideraba injusto mientras existieran personas buenas oprimidas por el capitalismo. Lo que lo corría era el temor de que Trotsky no habría aprobado su interés por las orquídeas.

La nota autobiográfica de Rorty puede servir para replantear la función de los intelectuales venezolanos, de todos aquellos que consideramos como él importante y significativo el compromiso del pensamiento con el proyecto de liberación de los oprimidos y marginados, a la vez que creemos igualmente importante y significativo para nuestras vidas cultivarnos a través de temas y problemas en principio muy alejados, si no hasta divergentes, respecto de la arena pública. De manera más personal, puedo decir que percibo mi interés por ciertos textos literarios y filosóficos con cierta incomodidad, pues me pregunto hasta qué punto tengo derecho a experimentar placer intelectual y a gastar energías en temas y problemas que no son importantes para las mayorías, dada

la condición socio-económica de nuestras mayorías; hasta qué punto no traicionan esos intereses lo que considero una de las tareas ineludibles del intelectual, a saber, aportar su granito de arena en la persecución de una sociedad más justa y equilibrada. Debo confesar que, al igual que Rorty, tengo miedo de convertirme en un intelectual esnob, o un simple erudito. Tengo miedo de que los libros que leo se transformen en una celda monástica desde la cual puede uno desentenderse del mundo y ocuparse sólo de la propia alma. Tengo miedo de comunicarme sólo con un reducido grupo de personas que me hacen sentir muy bien, comprendido, y que en cuanto tal, me protegen de las asperezas de un mundo en el cual en principio no encajo.

En definitiva, me sobrecoge una y otra vez la pregunta de si cultivando mis intereses más íntimos no estoy sino huyendo de algo que debería enfrentar, y si, en cambio, el compromiso público, que implica muchas veces comunicarse con aquellos otros grupos que no se interesan por la denominada «alta cultura», no deba ser percibido como un sacrificio de la parte más cercana de mi propia vida. En fin, ¿a quién le debo ser leal? ¿A los intereses de una mayoría que no disfruta las composiciones de Fragonard, los escritos de Proust y de Sábato, la intensidad de Kierkegaard y que en cuanto tal me obliga a leer tratados de sociología, economía política, comunicación social y así sucesivamente, o simplemente a mi mismo, a mi propia búsqueda? Además, en calidad de profesor universitario, percibo un sueldo, se me paga por estudiar, escribir, enseñar. ¿Para qué se me paga? ¿Cuáles son mis obligaciones en tanto trabajador que devenga un sueldo? ¿Qué contrapartida debo ofrecer a la sociedad que me mantiene?

Desde luego, este problema no existiría, al menos de manera tan estridente, si pudiese creer que mis «vicios privados» (Proust, la pintura rococó, el existencialismo, las novelas de Sábato, etc.) se transforman en «virtudes públicas», si pudiera creer que Proust, la pintura rococó y el existencialismo sirven para resolver de forma más directa en comparación con los textos de economía política, comunicación social y sociología los problemas sociales involucrados en la lucha por una sociedad más justa. No puedo creer que estudiando cualquier cosa ejerceré la misma función social, porque, desafortunadamente, mi autocomprensión no siempre se da mediante la comprensión de la realidad social: puedo autocomprenderme



de espaldas a la realidad social, inclusive contra ella, como lo hace el protagonista de Contracorriente en la obra de Huysmans. Este es el mismo problema que Rorty expone en Trotsky y las orquídeas silvestres, si bien, claro está, con otros matices y énfasis y para luego ofrecer su solución. Creo además que el problema que el joven Rorty tuvo alguna vez, es un problema común a muchos otros buenos intelectuales venezolanos que oscilan entre participar y callar, al igual que yo hago.

Decía, sin embargo, que Rorty propone una solución. En efecto, sin desmentir que la filosofía tenga una función social y sin negar que las ideas tienen sus propias consecuencias, llega a sostener que «el hecho de que las ideas tengan consecuencias no significa que nosotros los filósofos, nosotros los especialistas en ideas, estemos en una posición clave. No

estamos aquí para proveer principios o fundamentos o diagnosis teóricas profundas o visiones sinópticas. Cuando se me pregunta cuál creo que es la 'misión' o la 'tarea' de la filosofía me quedo mudo. Lo mejor que puedo hacer entonces es balbucear que nosotros los profesores de filosofía somos gente que tiene una cierta familiaridad con ciertas tradiciones intelectuales del mismo modo que los químicos tienen una cierta familiaridad con lo que ocurre cuando se mezclan ciertas sustancias. Sobre la base de nuestro conocimiento de los resultados de pasados experimentos, podemos ofrecer algunos consejos sobre lo que ocurrirá si tratamos de combinar o separar ciertas ideas.» A su vez dice sostener esto porque aprendió a desconfiar del esnobismo intelectual interpretado como la capacidad de ser alguien que puede confirmarle a la gente que las cosas que aman son centrales a la estructura del universo.

Sobre la base de lo anterior, en otro artículo de la citada recopilación, titulado Los intelectuales y el fin del socialismo, Rorty aboga por «contentarse con ser concreto, banal y pragmático». Esto quiere decir que el intelectual debe distinguir entre la «política real» y la «política cultural», comprendiendo que para la gente lo segundo incide muy poco en lo primero. Por ello afirma que «hemos de recordar que gran cantidad de esperanzas sociales tienen poco que ver con la política cultural. Tales esperanzas son autónomas y no son atrapadas por las cuestiones sobre la forma de la historia o la naturaleza de la modernidad o la dialéctica de la ilustración. Son las esperanzas familiares y caseras, compartidas por los educados y los no educados, por nosotros los académicos de clase media y por la gente que vive en las chabolas que rodean Lima. Son fantasías concretas sobre un futuro en el que todos podamos conseguir un trabajo del que podamos extraer cierta satisfacción, por el cual nos paguen decentemente y en el que consigamos seguridad contra la violencia y la humillación. Los intelectuales han sustituido, desde Platón, estas fantasías de un futuro mejor, concretas, locales y banales, por un conjunto más sofisticado, amplio y borroso de fantasías».

El hecho de que el intelectual reconozca y comprenda las «fantasías concretas», que se resigne, pues, a ser concreto, banal y pragmático, significa también que debe renunciar a aquellas explicaciones de la historia, de la naturaleza, de la realidad

social que lo mostraban útil frente a los no intelectuales al decirles cómo podrían conseguir lo que quieren y cómo hacer realidad sus fantasías. «Tales explicaciones nos hacen sentir que nuestras especiales habilidades son buenas para algo más que darnos placeres privados sofisticados, que esas habilidades tienen utilidad social, que nos permiten funcionar como vanguardia de una lucha humana universal. Desde que Hegel nos mostró cómo, hemos estado continuamente tentados de pensarnos a nosotros mismos interiorizando el Logos Encarnado y a la vanguardia intelectual como filo de la autoconciencia de Dios en expansión».

El pragmatismo conduce a Rorty a afirmar que debemos separarnos de todas aquellas teorías e intelectuales que albergan la esperanza en un nuevo tipo de ser humano diferente del común pequeño-burgués. Debemos concentrarnos en ofrecer cambios institucionales concretos para los hombres tal como son «en lugar de gesticular hacia un 'lo Otro' inimaginable». También el lenguaje del intelectual debe ser distinto, más banal, para ser aprovechado más y mejor. Y en el mismo registro asevera que «más que soñar con una renovación espiritual, creo que haríamos mejor asumir que, cualesquiera que sean las mejoras que tengan lugar en el próximo siglo, no serán más drásticas que las que ocurrieron en el nuestro y que lo mejor que podemos esperar es más reformas experimentales, basadas en pruebas y errores, en la estrategia de un paso adelante y dos atrás, que han venido teniendo lugar en las democracias industrializadas desde la revolución francesa».

Todo lo anterior se condensa en la propuesta de que los intelectuales deben olvidarse de participar en los Grandes Movimientos para, en cambio, comprometerse con campañas puntuales. Se trataría de «campañas dirigidas a objetivos como la sindicalización de los trabajadores inmigrantes del campo en el sudoeste de los Estados Unidos o la prohibición de los grandes camiones en los Alpes o el derrocamiento (por los votos o por la fuerza) de un gobierno corrupto o el reconocimiento legal del matrimonio homosexual», porque éstas, a diferencia de los Movimientos «tienen un sentido propio y se sostienen por sí mismas. Pueden dirigirse sin prestar mucha atención a la literatura, el arte, la filosofía o la historia».

¿Cómo quedan, entonces, las orquídeas silvestres? La idea de Rorty es que hay que renunciar a la idea de reconciliar



En definitiva, me sobrecoge una y otra vez la pregunta de si cultivando mis intereses más íntimos no estoy sino huyendo de algo que debería enfrentar, y si, en cambio, el compromiso público, que implica muchas veces comunicarse con aquellos otros grupos que no se interesan por la denominada «alta cultura», no deba ser percibido como un sacrificio de la parte más cercana de mi propia vida.



el compromiso político con los intereses privados, puesto que, según su juicio, es algo imposible. Lo único que puede hacerse es aprender a «mirar hacia dentro de uno mismo o hacia afuera en días alternativos de la semana. La mayoría de nosotros, cuando éramos jóvenes, anhelábamos un corazón puro. La manera más fácil de asegurarse esa pureza era desear una sola cosa y esto requería ver todo como parte de un movimiento». De lo que se sigue que el intelectual debe aprender a «ensuciarse las manos», saber renunciar ora a la autocomprensión, ora al compromiso político. Y, finalmente, reemplazar la pregunta trascendental del tipo «¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de este momento histórico?» con la pregunta pragmática «¿Cuáles son las condiciones causales para reemplazar la actualidad presente por una mejor actualidad futura?»

Hasta aquí Rorty. Ahora bien, ¿qué nos dice a nosotros intelectuales venezolanos una propuesta de esta clase? ¿En qué sentido puede ser atractiva, si acaso lo es de alguna manera? A muchos intelectuales la solución de Rorty les parecerá una respuesta para un problema que no existe. Algunos piensan que el intelectual

debe dedicarse a generar conocimiento nuevo, sin inquirir respecto de la utilidad del mismo y de su función social. Dan por supuesto que el conocimiento es virtud y que en cuanto tal no hay que diferenciar entre Trotsky y las orquídeas silvestres. En esta dirección, no le compete al intelectual decidir respecto de la importancia del conocimiento. El saber vale genéricamente; inclusive el saber más alejado de los problemas concretos es un saber valioso, pues en algún momento servirá para algo y si no lo hace, tampoco esto representa un problema, pues, como ya he dicho, para estos intelectuales el conocimiento es un bien autoevidente. Por ello, al intelectual, si trabaja en algún establecimiento educativo o de investigación del Estado, se le paga por pensar, escribir, investigar per se, sin importar las posibles y futuras aplicaciones.

Esta posición es, sin lugar a dudas, respetable, pero en mi opinión el problema que señala Rorty persiste, pues siempre se puede sostener que el conocimiento es un bien en sí mismo y aun así reconocer que tiene consecuencias sobre la realidad social. El hecho de que algo sea un bien en sí mismo no excluye el problema del impacto que este bien tiene sobre el entorno. En este sentido, la sociedad puede decirle al intelectual: «Dedíquese Usted al conocimiento porque al hacerlo cultiva un bien autoevidente, pero no olvide las consecuencias y, sobre todo, no olvide el lugar donde se cultiva este bien. Este lugar tiene precisas condiciones sociales, históricas, económicas y culturales y presenta tales y cuales problemas que Usted puede contribuir a resolver. No sea egoísta, no busque sólo el perfeccionamiento de sí, practique un conocimiento que además de ser un 'bien en sí mismo' tenga un impacto positivo sobre el entorno, en lugar de ser indiferente a él». ¿Tiene la sociedad el derecho de reclamarle al intelectual algo así?

Yo diría que depende de la condición del intelectual. Si se le paga, entonces, el intelectual es también un sujeto económico, gasta recursos y tiene una precisa responsabilidad frente a la sociedad que lo mantiene. En este caso, debe hacerse cargo de las demandas que proceden de su sociedad como contrapartida de su sueldo. Claro está, que estas demandas no son siempre explícitas, sino que el intelectual debe saber extraerlas de la acción social misma, sobre todo cuando el nivel cultural de su entorno es tal que éste no se encuentra capacitado para formularlas.

Creo que es en este sentido que Rorty habla de que el intelectual debe «prestar su voz» a los oprimidos y marginados. Si, en cambio, el intelectual ejerce su actividad de manera privada, costeando sus propios estudios, la sociedad no tiene ese derecho. Puede dedicarse enteramente, «todos los días de la semana» a mirar dentro de sí.

La propuesta de Rorty parece, entonces, atractiva para conciliar la vocación de todo intelectual remunerado por la sociedad -vocación que nace de una inquietud de sí- con su función social. En los actuales momentos, nuestro país parece necesitar una participación más activa de sus intelectuales. Sin embargo, aquí se presenta otra gran dificultad, a saber, que los canales de participación pueden estar bloqueados y que la sociedad se conduzca de manera contradictoria, solicitando al mismo tiempo la participación y haciéndola en la práctica imposible.

El papel que cumplen hoy en día los medios de comunicación social respecto de este tópico es de vital importancia. Sin la cooperación de estos el intelectual queda a su vez marginado, encerrado en la universidad o en el instituto de investigación. Si bien es cierto que muchas veces el intelectual se automargina, también es cierto que esta autoexclusión puede ser interpretada como un mecanismo de defensa para manejar la frustración de no ser en lo más mínimo atendido. Se necesita en efecto de canales adecuados para que el discurso más elaborado del intelectual no entre a formar parte de un «pastiche» cultural que en lugar de aclarar las cosas las confunde aún más. Ningún intelectual serio aceptará participar en condiciones que anulen su intervención, pues en este caso estaría participando en una farsa. Mi impresión es que en los actuales momentos en Venezuela el intelectual se encuentra frente a una Escila y Caribdis, entre callar para preservar su elaboración, por más banal que esta sea, y participar en asambleas caóticas y sin norte alguno. Porque si bien se nos puede pedir que «banalicemos» el discurso, nadie tiene derecho a exigirnos que lo volvamos vano y estéril. Si este fuera el caso, el intelectual preferirá con creces sus orquídeas.

Todo parece remitir, entonces, a que los medios de comunicación social se estructuren de una manera más apropiada para hacer llegar discursos que, según lo expuesto por Rorty, puedan «aconsejar» algo. Al respecto vale la pena detenerse



El papel que cumplen hoy en día los medios de comunicación social respecto de este tópico es de vital importancia. Sin la cooperación de estos el intelectual queda a su vez marginado, encerrado en la universidad o en el instituto de investigación.



en algunos tópicos del periodismo analizados por Gramsci para sostener que el ejercicio de las funciones del comunicador no puede ser reducido a mero oficio. En efecto, si nuestro deseo es lograr lo que el pensador italiano denomina un «periodismo integral», a saber, aquel que no busca simplemente satisfacer todas las necesidades del público (o de cierta categoría), sino que se propone crear y desarrollar estas necesidades y, en consecuencia, generar su propio público, el comunicador debe ser formado de acuerdo a una disciplina muy particular que ha de recibir de una enseñanza formal.

En esta dirección, Gramsci nos recuerda que uno de los principales deberes del periódico consiste en seguir y controlar todos los movimientos intelectuales y sociales importantes, excluyendo solamente aquellos que muestran un evidente carácter arbitrario, para proponérselos al público en calidad de plataforma operativa desde la cual articular la propia opinión. En consecuencia, el periodista es un individuo cuyo saber le permite diseñar el mapa intelectual y moral de su propio país. De esta manera, todo periódico que no funcione como fuerza motriz y formadora de instituciones culturales, que no aglutine a los individuos generando un «centro de gravedad» para las opiniones, incumple con su responsabilidad social.

Podríamos llamar a este aspecto el «rendimiento social» del periódico para diferenciarlo de su rendimiento económico: los dos aspectos no tienen por qué contradecirse. Así, el periódico, o cualquier revista, puede servir para generar una colectividad entendida como producto de una elaboración de la voluntad y del pensamiento logrado mediante el desarrollo de las opiniones y de las acciones de los individuos.

Gramsci indica que para estructurar un periódico según los lineamientos señalados, se debe poseer un horizonte intelectual bastante unitario y no antológico, pues lo segundo es dispersivo. Esto implica una redacción homogénea y disciplinada, bien organizada, capaz, entonces, de producir un trabajo amalgamado aun en el seno de la variedad de estilos y de las distintas personalidades que participan en el quehacer periodístico. Esta redacción debe hacer pensar concretamente a sus lectores para que éstos trasciendan el simple sentido común hacia un pensamiento más sistemático y coherente.

Hay que recordar que el lector común no posee un hábito «científico» de lectura y que, por consiguiente, hace falta ayudarlo a que posea al menos una idea de lo que significa tal ejercicio mediante una actividad crítica oportuna. Por esta razón, el periódico no debe limitarse a informarlo a través de conocimientos ya adquiridos, o por medio de un «saber cerrado»: se necesita toda una serie de razonamientos y argumentaciones para ir fomentando la capacidad de construir un saber más propio y el acceso más personal a la formación del propio punto de vista.

Muy interesante es la propuesta que hace Gramsci de incluir en los periódicos y revistas pequeños glosarios para la comprensión de los artículos políticos, económicos y sociales. Así se llega a proponer la elaboración de pequeñas monografías de carácter enciclopédico, muy breves, para que el lector medio pueda, si así lo desea, elevar su nivel de análisis. Por lo demás, el tema de estas monografías ha de ser eminentemente práctico, es decir, vincularse con exigencias realmente sentidas y ser, en su forma y contenido, adecuadas al promedio de los lectores y de sus problemáticas.

Dentro de este panorama, un tópico fundamental es la redacción de un examen crítico-histórico-geográfico de las situaciones regionales. En efecto, son muchas las personas que desearían estudiar

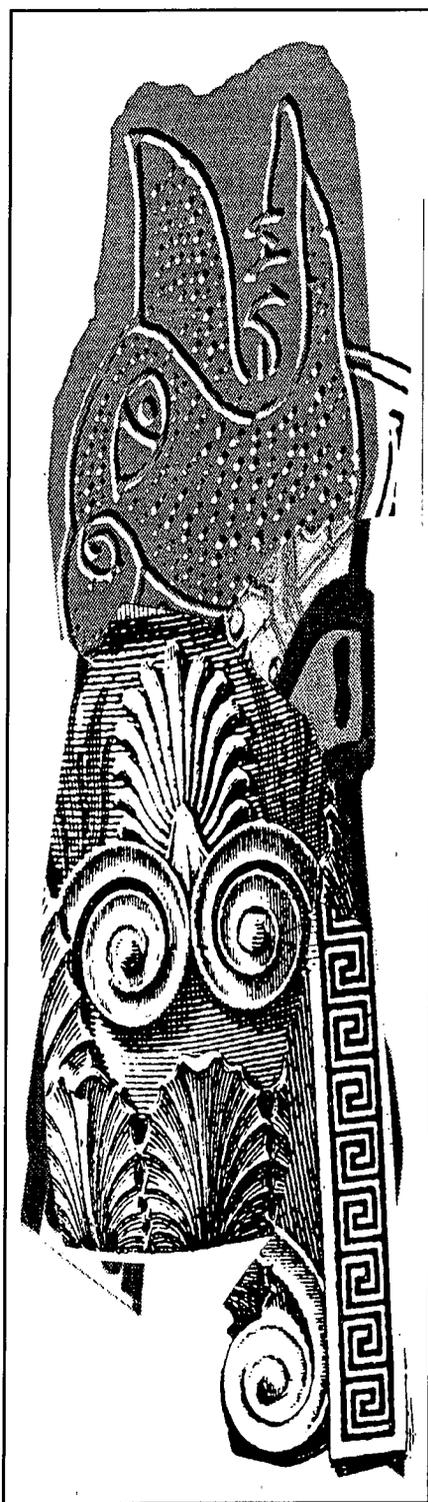
y conocer más a fondo las situaciones locales, pero no saben como hacerlo (más específicamente, desconocen el material bibliográfico, no saben realizar un arqueo bibliográfico ni fichar convenientemente, menos aún estructurar la información en un todo coherente). En este sentido, el periódico debe enmarcar el problema, indicar los libros que tratan tal tópico, los artículos aparecidos en otras revistas más especializadas, además del material todavía no organizado del todo.

Muy importante es comprender por parte del periodista que inclusive un concepto claro, y oportunamente difundido, penetra en las diversas conciencias con diversos efectos «organizadores». Esto es así, porque cada estrato social elabora su conciencia y su cultura de manera diferente. Identificar tales modalidades y procesos es una tarea indispensable para comunicar mejor lo que se desea. Por ello no es suficiente difundir orgánicamente desde un centro homogéneo un determinado pensamiento. Cada vez hay que modificar la forma, el estilo, para que el contenido llegue con la menor distorsión posible: hay que articular según los contextos de recepción, encontrando la identidad real debajo de las aparentes diferencias, y la sustancial diferencia debajo de la aparente homogeneidad.

Todo esto implica reflexionar sobre el llamado «sentido común», entendiendo que éste es más bien un conjunto bastante dispar de saberes procedentes de múltiples fuentes que han ido sedimentándose. El rol del periódico es vivificar tal sentido común, inyectarlo con nuevas modalidades de procesamiento de los saberes.

Gramsci acota, con gran acierto, que el elemento ideológico de un periódico no puede dissociarse de su formato, del diseño y de la diagramación: el elemento «exterior» es todo uno con el «interior». Por esta razón, una política editorial coherente es aquella que se pregunta responsablemente por las estrategias de lectura para aumentar el rendimiento social del periódico. Esta política ha de revisar también el capital humano del cual dispone, las estrategias de producción de la información y de los saberes a ella adscritos.

Me ha parecido importante retomar y exponer sucintamente estas ideas de Gramsci sobre el periodismo, porque sólo a través de una toma de conciencia desde la actividad misma de los mass-media se podrá organizar la participación del intelectual, cuando éste decida no ocuparse



sólo de sus orquídeas.

Venezuela necesita una prensa cada vez más responsable, atenta a la formación de sus ciudadanos, para que éstos puedan prepararse para enfrentar los diversos ámbitos de la realidad. Requerimos hombres que dispongan de saberes míni-

mos en las áreas de la política, de la economía y de los diversos problemas sociales. En esta dirección, la prensa no puede ser sustituida por la radio y la televisión. Por ello no debe competir en el mismo nivel de estos otros medios. Por lo contrario, ha de ganar un espacio propio, un espacio que nadie puede llenar y que es suyo en virtud del ejercicio específico del periodismo. El oficio ha de ser pensado desde la «teoría de la comunicación», en este caso, la «teoría del periodismo».

Tampoco significa esto que el oficio no cuente para nada: antes bien, es condición indispensable para que la teoría no se escinda de la práctica y para que la práctica sea al mismo tiempo teórica. Siempre habrá hombres que en virtud de un «talento natural» practiquen el periodismo de forma intuitiva. Pero, frente a la generalización de la comunicación, requerimos que el promedio de los periodistas se mantenga dentro de cierto nivel. El hombre intuitivo es siempre un fruto raro. El periodista debe ser «normalizado» para efectuar una buena labor y para enfrentar este reto hacen falta directores y redactores cada vez más conscientes de la gran labor que puede desempeñar la prensa, sobre todo en una sociedad como la nuestra poco acostumbrada al diálogo y a la discusión política de altura. En una sociedad de razones contradictorias, la opinión debe estar a la altura del pluralismo y saberse conducir con atención, formarse para conseguir la necesaria orientación. Se rinde así un gran favor a la constante construcción de una sociedad realmente democrática.

Así, pues, sin comunicadores sociales que se muevan en esta dirección, difícilmente se podrá criticarle al intelectual su placer por las orquídeas. Al fin y al cabo, lo que estoy diciendo desde Rorty y Gramsci, es que el comunicador social debe ser un intelectual con características muy especiales: debe ser el intelectual que asegura los canales de participación de los intelectuales en aras de los valores sostenidos a lo largo de este trabajo. En otros términos, la función social del intelectual, su posibilidad de comprometerse con lo público, depende de la organización de los medios de comunicación y del tipo de acto comunicativo que de allí se desprende. Lograr entre nosotros una organización que permita la participación de los intelectuales es de suma importancia, pues no hay que olvidar que, al fin y al cabo, Venezuela es tierra de orquídeas ■